

Calibán y Martí en Los raros de Darío

JORGE EDUARDO ARELLANO
Academia Nicaragüense de la Lengua

I. Introducción

De las 19 semblanzas que había escrito desde 1893 en Buenos Aires —cosmópolis moderna en la cual, por lo menos a partir de 1880, se vivía un triple proceso de universalización literaria, secularización social y rebelión social— Rubén Darío (1867-1916) eligió a 18 autores del Siglo XIX y a uno de la Edad Media para integrar su primer libro de crítica: *Los raros* (1896). De los primeros, uno era de lengua inglesa: el norteamericano Edgar Allan Poe (1809-1849); otro, noruego que escribía en danés: Heinrich Ibsen (1848-1907); un tercero lusitano y de lengua, naturalmente, portuguesa: Eugenio de Castro (1869-1944) y sólo uno de lengua española: José Martí (1853-1895), nacido en Cuba, entonces posesión ultramarina de España. Predominaban en ese libro —que sería órgano, manifiesto y vínculo artístico de la generación modernista que surgía y se realizaba en Hispanoamérica— los de expresión francesa: 14.

Conscientemente, Darío excluyó a escritores peninsulares. Había pensado en Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), merecedor de tres artículos suyos, pero esta decisión era incompatible con sus convicciones ¿Cuáles? El mismo postula dos de ellas, con meridiana claridad, en un otro artículo, pero de octubre, 1897, a un año de la aparición de *Los raros*. Esta obra —no lo olvidemos— era entusiástica hasta el deslumbramiento, panegírica de literatos afines, sustentada en copiosas fuentes —tanto originales como de segunda mano— y difusora en español de lo que se consideraba lo más moderno y valioso de la literatura de su tiempo.

La primera de sus convicciones correspondía a la indigencia mental, o atraso de España; la segunda, a un desarrollo superior de las fuerzas productivas en Argentina que sustentaba un florecimiento intelectual. Pero transcribimos el párrafo en que fija ambas:

la innegable decadencia española —señalaba Darío— aumentó nuestro desvío, y el verdadero o aparente aire de protección mental y el desprecio que respecto al pensamiento de América manifestaban algunos escritores peninsulares, secó en absoluto nuestras simpatías y nos alejó un tanto de la antigua madre patria, por lo que la actual generación intelectual, los pensadores y artistas de hoy representan el alma americana, tienen más relación con cualquiera de las naciones de Europa, que con España. *Al mismo tiempo en el Río de la Plata se realizaba el fenómeno sociológico del nacimiento de: ciudades únicas, cosmopolitas y políticas, como este gran Buenos Aires, flor enorme de una raza futura. Y tuvimos que ser entonces políglotos y cosmopolitas, y nos comenzó a venir un rayo de luz de todos los pueblos del mundo*¹.

Muy diferente era la relación de Martí con España: metrópolis de Cuba, dueña de su economía y rectora de su política y sociedad. Todavía más: se hallaba muy lejos de ser «la antigua madre patria» que significaba para Darío. España, para el hijo de Mariano Martí y Navarro —un valenciano que había llegado como sargento primero de la primera brigada del Real Cuerpo de Artillería destinado a la Habana— era otra cosa: el absolutismo colonial. Habría, por tanto, que liberar a Cuba de esa sujeción independizándola políticamente; para ello estaba dispuesto a dar la vida, como lo reveló desde la cárcel —a sus 16 años— en estos versos: «*Por la patria, morir es gozar más*»². Desde muy temprano, pues, Martí proclamó su fe profunda en el goce del sacrificio por la patria.

Por su lado, no era ese el destino de Darío, nacido casi cincuenta años después de la independencia del antiguo Reino de Guatemala, al que habían pertenecido la provincia de Nicaragua, cuya consolidación republicana

¹ Rubén Darío. «María Guerrero», *La Nación*, 12 de junio, 1897, en *Escritos inéditos*. Recogidos en periódicos de Buenos Aires y anotados por E.K. Mapes. New York, Instituto de las Españas, 1938, pág. 125.

² Citado por Felix Lizaso en *Martí, místico del deber*. (3a. ed.) Buenos Aires, Editorial Losada, 1952, pág. 45.

comenzó precisamente —tras la intrusión del expansionismo filibustero encabezado por el sureño esclavista William Walker— durante la segunda mitad del Siglo XIX. Este período, como lo he escrito en otra parte, tuvo el mérito de fundar la nación-estado a partir de la reacción contra el fenómeno externo del filibusterismo³.

Esta perspectiva histórica —ausente en Manuel Pedro Gonzalez, un exacerbado devoto de Martí, a quien atribuye toda la estética modernista en desmedro de Darío, su realizador máximo— resulta indispensable para comprender los proyectos centrales del ilustre cubano y del nicaragüense universal⁴. En el caso del primero, la lucha en pro de la independencia y creación republicana de Cuba, a la que sumó la concreción de un discurso hispanoamericanista; en el de Darío la apropiación y asimilación de la cultura occidental como totalidad con el fin de transformar la lengua española a través, fundamentalmente, de la poesía. En Martí, uno de los iniciadores del movimiento modernista, su tarea fue ante todo política; en Darío, sobre todo literaria.

De ahí el objetivo de *Los raros*, inscrito en la línea de Charles Baudelaire, cuyas *Fleurs du mal* (1867) provocó un escándalo y el proceso de su autor, que cargó con agobiadora culpa de haber inquietado la conciencia de la sociedad contemporánea, quedando como *poète maudit*. Esa línea, la línea de los poetas malditos, es la que asume Darío. «Es desde Baudelaire, y sólo más atrás desde Hugo, en lo que tenía de profético, donde se abasce su creación»⁵. De manera que *Los raros* constituyeron una serie de artí-

³ Jorge Eduardo Arellano. *Historia básica de Nicaragua*. (Vol. 2) IV. El siglo XIX, Managua, Fondo Editorial CIRA/Programa Textos Escolares Nacionales, 1997, págs. 131-1997 («Los Treinta años y su consolidación republicana»).

⁴ Manuel Pedro González. «Iniciación de Rubén Darío en el culto a Martí. Resonancias de la prosa martiana en la de Darío» (*Diez ensayos sobre Rubén Darío*. Santiago, Zig-Zag, 1967, págs. 73-122) que, a partir de la errónea aplicación de un reduccionismo esteticista de la obra de Darío, confunde influencia con intertextualidad. He desarrollado este punto en «Lecturas antillanas de Rubén Darío», inédito. Pero González tuvo antecedentes ilustres en su tendencia reduccionista. Véase la reciente compilación: *Martí en los Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1995.

⁵ Angel Rama. «Las opciones de Rubén Darío», en *Casa de las Américas*, Núm. 42, mayo-junio, 1967 pág. 30. Esta línea central no excluirá la protesta contra el mundo capitalista y su fase imperial; véase mi ensayo *Azul... de Rubén Darío/Nuevas perspectivas*. Washington, Organización de los Estados Americanos, 1993, que continúa y profundiza a Noël Salomon en «América Latina y cosmopolitismo en algunos cuentos de *Azul...*», en *Actas el Simposio Internacional de Estudios Hispánicos*. Budapest Academiaiaia Kiadó, 1978.

culos sobre los principales poetas y escritores que entonces —recordaría Darío— «me parecieron raros o fuera de lo común...» y que, reunidos en volumen, «causó en el Río de la Plata excelente impresión sobre todo entre la juventud de letras, a quien se revelaban nuevas maneras de pensamiento y de belleza»⁶. Devocionario de la nueva estética con *Prosas profanas*, también de 1986, este poemario y *Los raros* consagraron a Darío como líder del modernismo en lengua española durante su período argentino (1893-1896). Este hecho ya es un tópico de la historia literaria. Pero conviene retomarlo porque contiene, significativamente, la pieza clave que va a determinar la imagen de Darío sobre Martí. Y no sólo eso: también la conceptualización de Calibán, aplicada a Estados Unidos, siete años antes que lo hiciera José Enrique Rodó.

II. *Los raros* y su dimensión americana

Antes, sin embargo, es necesario replantear la dimensión americana de *Los raros*. David Lagdamanovich fue el primero que la desarrolló en dos artículos con el mismo título.

Para el académico argentino, «lo americano ocupa un lugar más destacado que el que le han reconocido. En primer lugar la lectura atenta del libro muestra una serie de referencias a las circunstancias americanas de la vida de Rubén Darío en Buenos Aires, entre 1893 y 1896. En segundo lugar, y aun prescindiendo de páginas de la misma época que no llegaron a incorporarse al volumen, América está representada en *Los raros* por cuatro escritores —Edgar Allan Poe, Augusto de Armas, el conde Lautréamont y José Martí—, cada uno de los cuales es analizado con cierta extensión»⁷.

Pero —tenemos que admitirlo— sólo Poe y Martí responden a una categoría continental. Los otros dos son irreconocibles como americanos: el cubano de Armas fue un «hijo espiritual de Francia» —como lo puntualizó Darío— y el dios de los surrealistas sólo nació incidentalmente en Uruguay, resultando su formación y obra ajenas a la realidad americana. No olvidemos que la lengua poética de ambos fue el francés.

⁶ Rubén Darío. *Autobiografía*. (XXXVIII), Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1991, págs. 75-76.

⁷ David Lagdamanovich. «Lo americano en *Los raros* de Rubén Darío», en *Cuadernos para la libertad de la cultura*, Núm. 90, 1964, pág. 57.

Precisando el concepto de americano, debemos establecer que corresponde a la afirmación de la América nuestra —la de expresión española— como voluntad de independencia y que tiene un objetivo: alcanzar su voz propia. Y en *Los raros*, antes que en *Prosas profanas*, Darío logra infundir esa voz a su continente mestizo, demostrando una capacidad de comunicación con un público amplio, integrado por miembros de los estratos altos y de las emergentes clases medias. Una voz que aprehende la cultura de Occidente como totalidad y practica un cosmopolitismo real —no de moda— y efectivo. Una voz que espira a la universalidad y, amén de los horizontes culturales de Europa, asimila el profetismo de Walt Whitman, la creatividad profunda de Poe y el hispanoamericanismo de Martí.

Así, la dimensión de lo americano adquiere un sentido de identidad cultural, entrevisto por el mismo Lagdamanovich:

Por último —sostiene—, el libro en cuestión testimonia a la vez el antinorteamericanismo de base estético-cultural y el panlatinismo de Rubén Darío, que tienen una precisa significación como conducta postulada para los americanos de lengua española⁸.

Ya se ha puntualizado que la experiencia generacional de los modernistas fue el imperialismo norteamericano. Como es sabido, en 1898 ese fenómeno del expansionismo económico y político de los Estados Unidos dio el tiro de gracia al moribundo imperio español. Ante ello, Darío reaccionó postulando en «El triunfo de Calibán» (*El Tiempo*, 20 de mayo, 1898) los valores espirituales de la civilización latina para enfrentarlos a los materialistas de la anglosajona; texto cardinal, además, que prefigura su cuento «D. Q» (1899) en la misma línea y su célebre oda «A Roosevelt» (1904).

III. *Los raros* y la posición anticalibánica de Darío

Lo prácticamente novedoso es que esa posición cultural, transformada después por él en política, ya la contienen en germen *Los raros* en el capítulo sobre Poe. Este, para Darío, es la encarnación de Ariel en una tierra de calibanes, mejor: en el reino de Calibán; personajes-símbolos que procedían tanto de la shakesperiana *The Tempest* como de las interpretaciones francesa,

⁸ *Ibid.*

corrientes a partir de Renan y Peladan. La actitud confrontativa de Darío ante los Estados Unidos, desde entonces, es la del arielismo que en 1900 José Enrique Rodó (1871-1917) sistematizará en su famoso breviario de idealidad sin dar crédito a Darío.

Este vínculo textual e ideológico lo ha advertido José Agustín Balseiro, destacando con acierto la importancia de las ideas expuestas por Darío en *Los raros*, génesis del Ariel de Rodó. Sin embargo, el ensayista uruguayo «no relaciona sus símbolos con los de Rubén que le preceden, ni siquiera cuando alude también al caso específico de Poe»⁹. Resulta necesario, por tanto, reivindicar la prioridad cronológica dariana en la posición arielista, o más exactamente, anticalibánica.

Al llegar a Nueva York en 1893, Darío reflexiona sobre una frase de Josephin Peladan («esos feroces calibanes») aplicada a los habitantes de los Estados Unidos:

Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso como Edison, hasta la apoteosis del cuerpo, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de whisky, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire —se refería a Ariel (nota del autor)— engorda y se multiplica; su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos, algún ser de superior naturaleza, que tiende las alas a la eterna Miranda de lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él a Sicorax, y se le destierra o se la mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte...¹⁰.

De manera que esta contraposición —explícita por la vía simbólica de Calibán versus Ariel— entre materialismo e idealidad fue un estímulo central para Rodó. Al respecto, Pedro Lastra sugiere: «Es hora de reconocer esta filiación, que acaso germinó desde esa idea dariana, surgida a su vez —como se sabe— de las advertencias de su admirado Martí, que incluso recuerda en una página de *Los raros*»¹¹. Y es la siguiente: «En aquellas correspondencias

⁹ José Agustín Balseiro. *Seis estudios sobre Rubén Darío*, Madrid, Gredos, 1971, pág. 34.

¹⁰ Rubén Darío. *Los raros*, Buenos Aires, Talleres de «La Vasconia», 1896, pág. 180.

¹¹ Pedro Lastra. «Relectura de *Los raros*», en *Revista Chilena de Literatura*, Núm. 13, abril 1979, pág. 110.

—las de *La Nación* (nota del autor)— hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina respecto a la Hermana Mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe»¹². Se refería a la de Roque Sáenz Peña (1851-1914), quien proclamó que América fuese para la Humanidad.

Por otra parte, la posición anticalibánica de Darío se manifiesta en otra frase suya de *Los raros*, perteneciente a su semblanza sobre Villiers de L'Isle Adam. Fantaseando sobre el hipotético reinado en Grecia de éste, al que aspiraba legítimamente, Darío enumera como uno de sus actos ideales la inevitable expulsión de los calibanes: «... echó de su reino a todos los ciudadanos de los Estados Unidos de Norteamérica»¹³, hecho compatible con este otro: «pensionó magníficamente a pintores, escultores y rimadores, de modo que las abejas áticas se despertaban a un sonido de cinceles y de liras»¹⁴.

Y si enlazamos los textos anteriores con un tercero de *Los raros*, el correspondiente a la opinión de Eugenio de Castro sobre «el americanismo», tendremos fortalecida esa posición anticalibánica: «El americanismo — debió decir el capitalismo industrial (nota del autor)— reina absolutamente; destruye las catedrales para levantar almacenes; derrumba palacios para alzar chimeneas, no siendo de extrañar que transforme brevemente el monasterio de la Batalha en fábrica de conservas o tejidos, y los jerónimos en depósitos de carbón de piedra o en club democrático, como ya transformó en cuartel el monumental convento de Mafra. Las multitudes triunfantes aclaman el progreso; Edison es el nuevo Mesías; las Bolsas son los nuevos templos. El humo de las fábricas ya obscurece el aire; en breve dejaremos de ver el cielo»¹⁵.

A propósito de este párrafo revelador, Darío comenta:

Tal es la queja, es la misma de Huysmans en Francia, la queja de todos los artistas, amigos del alma, y considerad si se podría lanzar con justicia ese Clamor de Coimbra en esta gran Buenos Aires que con los ojos fijos en los Estados Unidos, al llegar a igualar a Nueva York, podrá levantar un gigantesco Sarmiento de bronce, como la

¹² Rubén Darío. *Los raros*, op. cit., pág. 182.

¹³ *Ibid.*, pág. 210.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 33.

¹⁵ *Ibid.*

libertad de Bartholdi, la frente vuelta hacia el país de los ferrocarriles¹⁶.

En conclusión: La imagen del Calibán yanqui opuesta a Poe, Darío la tomó de Josephin Peladan (1858-1918): escritor francés ocultista que había fundado en 1892 el Salón de la Rosa Cruz en París y profetizado el progresivo triunfo de los ideales materialistas.

IV. Martí en *Los raros*: el superhombre suicida

¡Oh Cuba! Eres muy bella, ciertamente, y hacen gloriosa obra los hijos tuyos que luchan porque te quieren libre... Cuba admirable y rica y cien veces bendecida por mi lengua; mas la sangre de Martí no te pertenecía; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros; pertenecía al porvenir.

R.D.

Para Darío, sólo dos veces había intentado aparecer el genio en la América española: la primera en «un hombre ilustre de esta tierra» (Argentina), refiriéndose a Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888); la segunda en un cubano de dimensión americana: José Martí (1853-1895). Pero, más que esa categoría, el último mostraba rasgos de super-hombre moral e intelectual: «... era como debía ser el verdadero super-hombre. Grande y viril, poseído del secreto de la excelencia»¹⁷.

Pero este super-hombre, dechado de piedad, siempre ostentó un sustrato ético que lo condujo a la concepción sacralizada del suicidio. En otras palabras, trasladaba al plano social su pensar religioso, como lo expresaría en una de sus máximas claves:

En la cruz murió un hombre un día; en la cruz ha de aprenderse a morir todos los días.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 224.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 206.

De ahí que Darío observe:

Subió a Dios, por la pasión por el dolor. Padeció mucho Martí: desde las tónicas consumidores del temperamento y la enfermedad, hasta la inmensa pena del Señalado que se siente desconocido entre la *general estolidez ambiente*; y por último, *desbordante de amor* y de patriótica locura, consagróse a seguir una triste estrella, la estrella solitaria de la Isla, estrella engañosa que llevó a ese desventurado rey mago a caer de pronto en la más negra muerte¹⁸.

«¡La más negra muerte!» He ahí esas líneas de *Los raros* en las cuales Darío plantea la opción martiana de entregarse a la muerte, a través de un virtual suicidio para realizar su destino personal. La maduración de esa entrega, a lo largo de su malograda vida —¡42 años!—, la fue plasmando intensamente en sus versos. Así lo han demostrado numerosos críticos, entre ellos el español Antonio Oliver Belmás¹⁹.

Éste se interroga:

¿Qué muerto es el que muere en la acción de Dos Ríos? El que Martí había ido madurando en su agonismo diario o el combatiente que, según Rubén, no debió ir al combate, porque América lo necesitaba?²⁰

Y se responde:

Yo sospecho que en verdad a quien rinde honores en Santiago de Cuba la columna española de Ximénez de Sandoval, más que el cadáver del guerrero Martí, es el muerto que Martí guardaba a quien se debe su vida toda, y por tanto, su poesía²¹.

Para Darío, la decisión que tuvo el cubano de sacrificarse, de inmolarse por la causa superior o «estrella» que guiaba su existencia, truncó para siempre un futuro extraordinario que incluía la Presidencia de Cuba independien-

¹⁸ *Ibid.*, págs. 206-207.

¹⁹ Antonio Oliver Belmás. «La muerte en Martí», en *Ultimo encuentro con Rubén Darío...* Madrid, 1978, págs. 449-452.

²⁰ *Ibid.*, pág. 451.

²¹ *Ibid.*, págs. 451-452.

te y verdaderamente soberana, ya que Martí había sido «cabeza, portavoz, apóstol, lengua, clarín» de la insurrección en Cuba²². Y este reproche lo expone con claridad en su hermoso penegírico elegíaco:

*Y ahora, maestro y autor y amigo; perdona que te guardemos rencor los que te amamos y admiramos, por haber ido a exponer el tesoro de tu talento. Luego sabrá el mundo lo que tú eres, pues la justicia de Dios es infinita. Cuba quizá tarde en cumplir contigo como debe. La juventud americana te saluda y te llora, pero ¿oh Maestro, qué has hecho...!*²³.

Es decir: rechaza su opción heroica —pero suicida— de adorar hasta la muerte el «ídolo luminoso y terrible de la Patria», adoración, como hemos indicado, de raíz ética y religiosa, pues su *weltanschauung* laica y antropocéntrica la había canalizado en una «religión»: el patriotismo. Su convicción lo revelaba: «La patria es agonía y deber». Ahora bien, este patriotismo le exigía ofrecerse en sacrificio por la independencia de Cuba. Y así lo hizo.

De ahí que Darío, lejos de justificar ese suicidio de facto —que enaltecerían, según él, «los tambores de la mediocridad» y los «clarines del patriotismo»—, califique a su autor de infortunado y escribe el 9 de junio de 1895 a un íntimo amigo argentino: «Hablemos de otros asuntos, por ejemplo de ese pobre y grande Martí. ¿Qué le parece esa desgracia inmensa?»²⁴. Tal fue el final de ese verdadero superhombre y no falso, como el de Nietzsche, impugnado en sus «Letanías de nuestro Señor Don Quijote» (1905): «de los superhombres de Nietzsche... libranos, señor».

El obituario sobre Martí, publicado en *La Nación* trece días después de su caída, Darío lo incluyó en *Los raros* porque el cubano era su principal maestro en la prosa, aspecto que reconoce ampliamente al evocar la sábana de antaño del diario porteño (a partir de 1893 se redujo a su dimensión definitiva) y sus kilométricas epístolas enviadas desde Nueva York. Apartando una que otra rara ramazón sin flor o fruto, en ellas surgía Martí pensador y filósofo, pintor y músico, poeta siempre. «Con una magia incomparable

²² Rubén Darío. «La insurrección en Cuba» (*La Nación*, 2 de marzo, 1895), en *Escritos dispersos de Rubén Darío...* La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1977, págs. 13-19.

²³ Rubén Darío. *Los raros*, op. cit., pág. 214.

²⁴ Edelberto Torres. «Cartas inéditas de Rubén Darío», en *Cuadernos Universitarios*, Segunda Serie, Núm. 2, Tomo II, 1967, pág. 446.

—prosigue—, hacía ver aquí unos Estados Unidos vivos y palpitantes, con su sol y sus almas, por diez centavos...»²⁵. Y relaciona esta percepción martiana con la de otros:

Los Estados Unidos de Bourget deleitan y divierten; los Estados Unidos de Groussac hacen pensar; los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la visión real²⁶.

Su memoria se perdía en aquella montaña de imágenes, pero recordaba un Grant marcial y un Sherman heroico que no había visto más bellos en ninguna parte; una llegada de héroes del Polo, un puente de Brooklyn literario igual al del hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola,

vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos, ¿Oh sí!, mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manitu mismo los inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de *Hojas de yerba*²⁷.

Decidida por Martí, la prosa rubendariana de esta semblanza —supremo ejemplo de imitación creadora— se remontaba a unos párrafos del ensayo «La Literatura en Centro América» (1888), ya definidos por el estilo del gran antillano:

Otro llegó hace algún tiempo a Guatemala. Era un cubano. Su palabra fácil y vibrante, su hablar precipitado, su decir mucho, no gustaron. Y eso que desempeñaba una clasecita de tres al cuarto, en cuanto a remuneración. Hoy ese hombre es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América; porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya si no es de hierro, es de oro, o huele a rosas, o es llamarada; porque se fue a ese gran país de los yankees y ahí escribió en correcto inglés en *The Sun* donde Dana lo estima; porque

²⁵ Rubén Darío. *Los raros*, op. cit., pág. 209.

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*, págs. 209-210.

fotografía y esculpe en la lengua, pinta o cuaja la idea, cristalizado el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un témpano o una lámina de plata o un estampido. A veces, un titán coge un hacha gigantesca y destronca una selva. Los árboles que caen espantan el silencio solemne. Mas cuando el poeta en prosa os habla del amor, ¡oh lectores! o del arte, o de todo lo del alma que es cándido y sensible, oiréis un harpa eolia o el arrullo de un coro de palomas. Ese escritor se llama José Martí. Martí alcanzó a escribir en *El Porvenir de Guatemala* algunos artículos y después partió. Recordemos que el salvadoreño Francisco Castañeda —por otra parte persona inteligente y buen escritor— nos decía que Martí en Guatemala «no había gustado, y con razón» ¡José Martí! El que hoy con Castellar, con De Amicis, con Ortega Munilla y otras plumas de primer orden, forman en *La Nación* de Buenos Aires el grupo más brillante de corresponsales que jamás haya tenido diario alguno en el mundo²⁸.

Para Manuel Pedro González, la huella del corresponsal de *La Nación* en Nueva York ya se advierte en uno de los primeros escritos de Darío publicados en Valparaíso («Don Hermógenes de Irisarri», que apareció en *El Mercurio* el 26 de junio de 1886) y Angel Augier cree que se inició realmente, mucho antes, en Nicaragua²⁹. Pero no deseamos reiterar precisiones históricas, sino establecer que Darío —con todo su fundamental reproche referido— logra en *Los raros* el lamento más tierno, sincero y angustiado que produjo la muerte de Martí, como lo afirma el mismo González³⁰.

Además, contribuye a su deidificación, rindiéndole un no disimulado culto que mantendría con mayor firmeza en otros trabajos³¹; descubre su naturaleza poética, entonces oculta o poco difundida³²; y señala su contenido antimperialista al apuntar:

²⁸ Rubén Darío. «La literatura en Centro-América», en *Obras desconocidas de Rubén Darío...* Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, págs. 201-202.

²⁹ Angel Augier. «Cuba y Rubén Darío», en *Boletín del Instituto de Literatura y Lingüística*, 1967, pág. 122.

³⁰ *Ibid.*, pág. 129.

³¹ Sobre todo en «Martí, poeta» (1913), serie de cuatro artículos publicados en *La Nación*; el último data del 8 de julio de ese año y no figura en el pequeño volumen dariano que Emilio Gascó Contello tituló *José Martí* (París, Editorial franco-Iberoamericana, 1926), compilando los tres primeros y la semblanza de *Los raros*.

³² Rubén Darío. *Los raros*, *op. cit.*, pág. 211: «... una primera y rara colección está dedicada a un hijo a quien adoró y a quien perdió para siempre: *Ismaelillo*».

Y cuando el famoso congreso pan-americano, sus cartas fueron sencillamente un libro... En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América latina respecto a la Hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe³³.

Esta frase —lo repetimos— era: «sea América para la humanidad» y la «boca argentina» la de Roque Sáenz Peña (1851-1914), delegado a la Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington desde finales de 1889 hasta principios de 1890. Martí había enviado más de una decena de «cartas» a *La Nación* sobre los pormenores de esa Conferencia promovida por el Secretario de Estado James Blaine para impulsar el movimiento expansionista del capital norteamericano³⁴.

He ahí a Darío: utilizando los recursos estilísticos de su maestro y absorbiendo su apostofado; un Darío martiano, admirador del varón puro y del dulce amigo, de aquel cerebro cósmico, de aquella vasta alma, de aquel concentrado y humano universo que lo tuvo todo: la acción y el ensueño, el ideal y la vida, una épica muerte y, en América, una segura inmortalidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Arellano, Jorge Eduardo. *Azul... de Rubén Darío/Nuevas perspectivas*, Washington, Organización de los Estados Americanos, 1993, pag. 130 (Interamer).
- Arellano, Jorge Eduardo. *Historia básica de Nicaragua. (Vol.2) IV. El siglo XIX*. Managua, Fondo Editorial CIRA, Programa Textos Escolares Nacionales, 1997.
- Arellano, Jorge Eduardo. «Rubén Darío antimperialista», *Casa de las Américas*, Año XXII, Núm. 133, 1982, págs. 105-110.
- Augier, Ángel. «Cuba y Rubén Darío», *Boletín del Instituto de Literatura y Lingüística*, núm. dedicado a R.D., 1957.
- Balseiro, José Agustín. *Seis estudios sobre Rubén Darío*, Madrid, Gredos, 1971.
- Darío, Rubén. *Escritos inéditos*. Recogidos en periódicos de Buenos Aires y anotados por E.K. Mapes. New York, Instituto de las Españas, 1938.
- Darío, Rubén. *José Martí*, París, Editorial Franco-Iberoamericana, 1926.
- Darío, Rubén. *Los raros*, Buenos Aires, Talleres de «La Vasconia», 1896.

³³ *Ibid.*, pág. 210.

³⁴ Jorge Eduardo Arellano. «Rubén Darío antimperialista», en *Casa de las Américas*, año XII, Núm. 133, 1982, pág. 105.

- Diez ensayos sobre Rubén Darío*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1967.
- Escritos dispersos de Rubén Darío* (recogidos de los periódicos de Buenos Aires). Edición, compilación y notas de Pedro Luis Barcia. II. La Plata, Universidad Nacional de la Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1977.
- Lagdamonovich, David. «Lo americano en *Los raros* de Rubén Darío», *Cuadernos para la libertad de la cultura*, Num. 90, 1964, pág. 57.
- Lastra, Pedro. «Relectura de *Los raros*», *Revista Chilena de Literatura*, Núm. 13, Abril, 1979, págs. 115-116.
- Lizaso, Félix. *Martí, místico del deber* (3.ª ed.), Buenos Aires, Editorial Losada, 1952.
- Marinello, Juan. *Creación y revolución*, La Habana, Contemporáneos, 1973.
- Martí en los* *Henriquez Ureña*, Selección y prólogo: Dra. Yolanda Ricardo, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos.
- Obras desconocidas de Rubén Darío*. Escritas en Chile y no recopiladas en ninguno de sus libros (Santiago), Prensas de la Universidad de Chile, 1934.
- Oliver Belmas, Antonio. *Último encuentro con Rubén Darío*, Literatura Hispanoamericana y Española, Segundo Tomo, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978.
- Rama, Ángel. «Las opciones de Rubén Darío», *Casa de las Américas*, Núm. 42, mayo-junio, 1967, págs. 29-35.
- Salomon, Noël. «América Latina y el cosmopolitismo en algunos cuentos de *Azul...*», *Actas del Simposio Internacional de Estudios Hispánicos*, Budapest, Akademiaia Kiadó, 1978. págs. 13-37.
- Torres, Edelberto. «Cartas inéditas de Rubén Darío», *Cuadernos Universitarios*. Segunda serie, Núm. 2, Tomo II, 1967, págs. 448-450.